

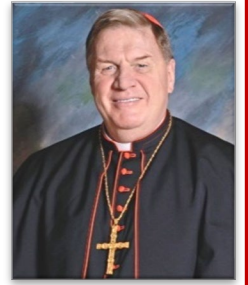


Alégrense en el Señor

Por el Cardenal Joseph W. Tobin, C.Ss.R.

Arzobispo de Newark

Mayo 21, 2021 / Vol. 2, No. 17



Ven, Espíritu Santo, traenos alegría que nunca termine

La Solemnidad de Pentecostés completa nuestra celebración de la alegría de la Pascua. En las imágenes contenidas en la maravillosa Secuencia de Pentecostés, "Veni, Sancte Spiritus", acudimos a la tercera persona de la Santísima Trinidad para que entre en nuestros corazones, trayendo luz para nuestra oscuridad, consuelo para nuestra angustia, sanación para la enfermedad de nuestra alma, calidez para nuestros corazones fríos, y alegrías que nunca terminen.

¿Por qué pediríamos al Espíritu Santo el don de la alegría sin fin? Sabemos que nuestras vidas están llenas de tristeza y decepción. Sabemos que incluso después de recibir la gracia salvadora de Dios y reconciliarnos con él en el sacramento de la penitencia, volveremos a pecar. Sabemos que todos aquellos a quienes amamos, y nosotros mismos, algún día sufriremos y moriremos. ¿Cuál es el punto de pedir alegría que no termina?

Nuestra fe es débil, ¿no? Hace apenas seis semanas, celebramos el gran milagro de nuestra salvación y la verdadera fuente de toda esperanza y alegría humana. Creemos que el Señor ha resucitado, que ha conquistado el pecado y la muerte, y que somos verdaderamente libres.

Creemos esto, y sin embargo tenemos nuestras dudas. Esperamos en él, y sin embargo cedemos a la tristeza y la desesperación. Precisamente por eso Cristo nos envió su Espíritu Santo—para darnos valor en nuestra debilidad, para apoyarnos en nuestra fidelidad a su Palabra y, sí, ¡para llenar nuestro corazón de alegrías que nunca terminan!

Recordemos lo que dijo una vez el Papa Emérito Benedicto XVI en un mensaje de Pascua "Urbi et Orbi" (a la ciudad y al mundo): "La Pascua no consiste en magia alguna. De la misma manera que el pueblo hebreo se encontró con el desierto, más allá del Mar Rojo, así también la Iglesia, después de la Resurrección, se encuentra con los gozos y esperanzas, los dolores y angustias de la historia".

La alegría y la esperanza no eliminan nuestro dolor y angustia. Los transforman—haciéndolos como la Pasión y muerte del Señor: una participación en la dolorosa peregrinación del sufrimiento humano a la abundante alegría de la vida eterna.

Por eso la Pascua es un tiempo de esperanza. Nuestra esperanza no es idealismo, una forma de "ilusión". Nuestra esperanza no es política ni ideológica. Es realismo cristiano, basado en la persona de Jesucristo y en la historia de su vida, muerte y resurrección.



La esperanza cristiana no es una ilusión. Como nos asegura la Carta a los Hebreos: “Tenemos [esperanza] que mantiene firme y segura nuestra alma, igual que el ancla mantiene firme al barco” (Heb 6,19). Estamos verdaderamente anclados independientemente de las tormentas que encontremos cada día. Para los cristianos, las dificultades de la vida no se eliminan. Son soportadas con confianza y transformadas por la esperanza gozosa del Cristo Resucitado.

Por eso nos atrevemos a pedir alegrías que nunca terminen. Sabemos que necesitamos la ayuda de la gracia de Dios para enfrentar el dolor y el cansancio de la vida cotidiana. Sabemos que necesitamos los siete dones del Espíritu (sabiduría, entendimiento, consejo, fortaleza, ciencia, piedad y temor de Dios) para sostenernos en el camino de la vida. Sabemos que, como nos recordó el Papa Benedicto, "la Iglesia después de la Resurrección se encuentra con los gozos y esperanzas, los dolores y angustias de la historia".

Eso fue verdaderamente cierto para los discípulos de Jesús. Muchos se enfrentaron a una amarga persecución y muerte mientras llevaban a cabo la gran comisión del Señor de salir al mundo entero como misioneros y predicar el Evangelio y sanar a los enfermos en su nombre. No experimentaron fin del sufrimiento y la decepción, pero sirvieron al Señor con alegría porque fueron empoderados por el Espíritu Santo y ardían con el fuego del amor de Dios.

Anhelamos alegría que nunca termine. Como nos dice el Papa Francisco, este gozo está a nuestra disposición si podemos salir de nuestras zonas de confort y convertirnos en discípulos misioneros que nos entregamos de todo corazón a anunciar la Buena Nueva.

Así que oremos: Espíritu Santo de Dios, ven, derrama tu rocío sobre nuestra sequedad. Derrite nuestros corazones congelados y guíanos cuando nos desviemos. Danos una alegría infinita. Amén.
¡Aleluya! †

Sinceramente suyo en Cristo Redentor,



Cardenal Joseph W. Tobin, C.Ss.R.
Arzobispo de Newark

“DOTADOS PARA DAR”

El 500th Aniversario de la Llegada del Evangelio a Filipinas

Queridos Hermanos y Hermanas en Cristo,

Saludo con alegría al clero filipino y a los fieles de la Arquidiócesis de Newark mientras celebran el 500 aniversario de la llegada del Evangelio a Filipinas. Junto a ellos, la Arquidiócesis recuerda con gratitud el desembarco providencial de Fernando Magallanes en una de sus más de siete mil islas en 1521. La primera Misa fue celebrada en las islas por Fray Pedro de Valderrama, OSA, el Domingo de Pascua, el 31 de marzo de 1521.

Durante 500 años, Filipinas ha atesorado el don de su fe católica. Las semillas de fe fueron plantadas por misioneros españoles y rápidamente se arraigaron en los corazones de los filipinos, que están naturalmente inclinados a lo divino. La misma fe sostiene a la mayoría de los filipinos hasta el día de hoy, haciendo a Filipinas en el país católico más grande de Asia. Es la fe, centrada en la Eucaristía, la que los hace agradecidos por su pan de cada día, acogiendo como son acogidos en el banquete eucarístico, gozosos de compartir la Palabra y dispuestos a abrirse a los demás por el bien del Evangelio.

Este año jubilar reconoce con gratitud a los misioneros que llevaron la fe a Filipinas, a los antepasados que aceptaron la fe y la transmitieron, generación tras generación, a los obispos, sacerdotes, religiosos y ministros laicos que han estado a la vanguardia del camino espiritual de los filipinos.



Dotados para Dar es el tema de la Celebración del 500 Aniversario. Este enfoque tiene como objetivo renovar el llamado a la misión de todos los bautizados y se inspira en el mandato de Jesús a sus discípulos: "Ustedes recibieron gratis este poder; no cobren tampoco por emplearlo" (Mt 10, 8).

En su homilía en la Misa que celebró por y con los filipinos en la Basílica de San Pedro el 14 de marzo del 2021, el Papa Francisco dijo:

Dondequiera que ellos (los filipinos) van a trabajar, siembran la fe. Es parte de sus genes, una bendita "infección" que les estimulo a preservar. Sigán trayendo la fe, las buenas noticias que recibieron hace quinientos años, a los demás. Quiero darles las gracias, entonces, por la alegría que traen al mundo entero y a nuestras comunidades cristianas, donde su presencia discreta y trabajadora se convirtió en un testimonio de fe. Siguiendo los pasos de María y José, porque a Dios le encanta llevar el gozo de la fe a través de un servicio humilde, oculto, valiente y perseverante."

Hoy en día, millones de migrantes filipinos presentes en unos 200 países comparten el don de la fe que han recibido. En sus nuevos hogares, los filipinos viven fielmente su fe cristiana, a menudo de maneras modestas y no proclamadas. Predican el Evangelio por sus acciones. En las parroquias y comunidades, participan activamente en el culto mientras sirven como miembros del coro, lectores, ministros eucarísticos, catequistas y voluntarios en muchas actividades parroquiales. Enriquecen sus parroquias con una rica variedad de hermosas tradiciones culturales y religiosas. En países donde la práctica de la fe cristiana es difícil, incluso peligrosa, he sido testigo de valientes católicos filipinos que encuentran maneras de unirse y celebrar el culto.

Nuestra Arquidiócesis es bendecida con miles de fieles laicos filipinos que participan activamente en la vida de la Iglesia. Otra bendición es el servicio de 46 sacerdotes filipinos que trabajan en parroquias y otros ministerios.

El clero filipino de la Arquidiócesis de Newark liderará las celebraciones durante todo el año para marcar este hito significativo. Se celebrarán misas para conmemorar varios acontecimientos significativos en la historia de Filipinas. Una réplica de la Cruz de Magallanes, junto con las imágenes de Santo Niño y Nuestra Señora de Manaoag, recorrerán en una peregrinación a 12 Iglesias Jubilares en la arquidiócesis y la diócesis de Paterson. Invito a todos, especialmente a nuestros fieles filipinos,

a participar plenamente en estas celebraciones. El Programa de Actividades por el 500th Aniversario de la Llegada del evangelio a Filipinas está disponible [en línea](http://www.rcan.org) en www.rcan.org.

Mabuhay ang Pilipinas! ¡Que el Señor, que nos ha dado la fe, nos conceda corazones generosos que compartan la misma fe con los demás! ¡Que nuestra Madre del Perpetuo Socorro cuide a sus familias y comunidades!

Sinceramente suyo en Cristo Redentor,



Cardenal Joseph W. Tobin, C.Ss.R.
Arzobispo de Newark

Un Mensaje del Papa Francisco: Palabras de Desafío y Esperanza



Encontramos aquí cuatro características esenciales de la vida eclesial: la escucha de la enseñanza de los apóstoles, primero; segundo, la custodia de la comunión recíproca; tercero, la fracción del pan y, cuarto, la oración. Estas nos recuerdan que la existencia de la Iglesia tiene sentido si permanece firmemente unida a Cristo, es decir, en la comunidad, en su Palabra, en la Eucaristía y en la oración. Es el modo de unimos, nosotros, a Cristo. La predicación y la catequesis testimonian las palabras y los gestos del Maestro; la búsqueda constante de la comunión fraterna nos preserva de egoísmos y particularismos; la fracción del pan realiza el sacramento de la presencia de Jesús en medio de nosotros: Él no estará nunca ausente,

es realmente Él en la Eucaristía. Él vive y camina con nosotros. Y finalmente la oración, que es el espacio de diálogo con el Padre, mediante Cristo en el Espíritu Santo.

Todo lo que en la Iglesia crece fuera de estas “coordenadas”, carece de fundamento. Para discernir una situación tenemos que preguntarnos: cómo en esta situación, están presentes estas cuatro coordenadas — la predicación, la búsqueda constante de la comunión fraterna — la caridad — la fracción del pan — es decir la vida Eucarística — y la oración. Cualquier situación debe ser valorada a la luz de estas cuatro coordenadas. Lo que no sea parte de estas coordenadas carece de eclesialidad, no es eclesial. Es Dios quien crea la Iglesia, no el clamor de las obras. La Iglesia no es un mercado, la Iglesia no es un grupo de empresarios que impulsan una nueva empresa. La Iglesia es obra del Espíritu Santo, que Jesús nos ha enviado para reunirnos. La Iglesia es precisamente el trabajo del Espíritu en la comunidad cristiana, en la vida de la comunidad, en la Eucaristía, en la oración... siempre. Y todo lo que crece fuera de estas coordenadas no tiene fundamento, es como una casa construida sobre arena (cf. Mt 7, 24-27). Es Dios quien crea la Iglesia, no el clamor de las obras. Es la palabra de Jesús la que llena de sentido nuestros esfuerzos. Es en la humildad que se construye el futuro del mundo.

(Papa Francisco, Audiencia General, Noviembre 25, 2020)

Mi Oración para Ustedes

Señor, ayúdanos a caminar contigo, juntos, como hermanas y hermanos que se escuchan unos a otros, que oran juntos y que trabajan incansablemente con toda humildad para edificar el futuro del mundo. Sin el Espíritu Santo, no podemos hacer nada, pero cuando nuestros corazones están llenos del poder de tu Amor Divino y Bondad, todas las cosas son posibles. Amén.

Cardenal Joseph W. Tobin, C.Ss.R.

